

INGEBORG BACHMANN

TRES SENDEROS HACIA EL LAGO

Traducción del alemán
de Isabel García Adánez

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

El mapa de rutas y senderos de la zona del Kreuzbergl, editado por la Oficina de Turismo en colaboración con el Instituto Topográfico de la capital del estado federal de Klagenfurt, reimpresión de 1968, señala diez senderos. De estos diez senderos, tres conducen al lago: el Höhenweg 1 y los Senderos 7 y 8. El origen de esta historia reside en lo topográfico, pues el autor tenía fe en este mapa.

Siempre llegaba por el Andén 2 y salía del Andén 1. El señor Matrei, aunque debía saberlo desde hacía años, deambulaba una vez más nervioso y desazonado por aquel Andén 2, dudando si habría recibido la información correcta y si las horas que anunciaban los paneles coincidirían con las

llegadas reales, como si cupiera la posibilidad de equivocarse en una estación que sólo tenía dos andenes, y al momento se encontraron el uno frente al otro, ya le tendían a ella su segunda maleta desde el tren y ya tenía que inclinarse hacia el señor Matrei, pues ahora se iniciaba el ritual del abrazo, se abrazaron y ella tuvo que agacharse hacia el señor Matrei, como siempre, pero esta vez le invadió un sentimiento alarmante porque él había menguado, en el fondo no podía decirse que hubiera encogido pero sí estaba más abajo, y su mirada se había tornado infantil y un poco desvalida, y el sentimiento alarmante era: ha envejecido. Ciertamente es que el señor Matrei había ido envejeciendo con el paso de los años, pero Elisabeth nunca se había dado cuenta porque siempre encontraba a su padre igual de viejo en el andén, todos los años, y todos los años le irritaba que no hubiera contratado a un mozo para llevar las maletas y que quisiera cargarlas él para evitar que lo hiciera ella, sin duda cansada del viaje, mas como esta vez había envejecido ella no discutió ni le insistió, agarrada a una de las maletas, como de costumbre, sino que le dejó cargar las dos para demostrarle a su hija que estaba fuerte y sano, como siempre, y que no le suponía

esfuerzo alguno acarrear dos maletas. En el taxi, ella recuperó la espontaneidad, rió y charló como siempre, apoyó la cabeza en su hombro, se asomó a la ventanilla para mirar algunas fachadas nuevas de la Bahnhofstraße y, como siempre, se fijó en el Lindwurm de la plaza*, que también le pareció que había menguado, y en realidad no respiró tranquila hasta ver el Stadttheater y girar por la Radetzkystraße, ahora que todo confirmaba la proximidad del Laubenweg, una callecita arbolada, y de la casa que había sido su hogar. No, del viaje y de por qué había tenido que tomar un vuelo vía Viena no quería hablar ahora, ni del horror de los últimos días, lo importante era que por fin había llegado, después de tantos días de espera, después de muchos telegramas que dejaban consternado al señor Matrei, pues aunque su hija cancelaba el viaje él seguía yendo a esperarla al aeropuerto, daba igual que le hubiera teleografiado todas aquellas veces precisamente para que no fuera.

* El Lindwurm es la serpiente alada de la mitología germánica que también se asocia con el dragón Fafnir y, aquí, el primer indicio de la ciudad en que están, pues es el símbolo de Klagenfurt. La estatua está integrada en una fuente, en pleno centro de la ciudad, en Neuer Platz. (*N. de la T.*)

Después de que ella pagase el taxi, mientras recorrían juntos el jardín, el señor Matrei quiso enseñarle de inmediato todas las novedades de la parte delantera, pero ella se apresuró a entrar en la casa, diciendo: Por favor, más adelante, por favor, mañana, y enseguida fueron a sentarse en el cuarto de estar, antes de nada ella quería un poco de café y un cigarrillo, luego tomaría un baño y se cambiaría. Tomaron el café, recalentado por él, un café aguado, tibio, que a ella, pese a todo, acostumbrada al té inglés de la mañana a la noche, le supo bien, y ambos criticaron un poco a los jóvenes, a saber, a Robert y Liz, y el señor Matrei afirmó luego, casi en serio, que no acababa de explicarse por qué Robert no había ido con Liz a Klagenfurt sino precisamente a Marruecos, y eso que Klagenfurt era más saludable y menos caro, y además, ¿no se había sentido Liz a gusto allí en su primera visita, ella que era huérfana y jamás había tenido familia y que allí veía al fin lo que era un hogar? Elisabeth defendió a Robert con poco entusiasmo, pues no había mucho que decir ni que explicar. No se imaginaba a su hermano, tan ávido de vivir nuevas experiencias, en su Laubenweg, sobre todo en aquel momento, y Liz, desde luego, se moría de ganas de ver mundo,

sobre todo en aquel momento, pues para vivir reclusos en casa ya llevaban un año entero en Londres, y es que ambos llegaban a casa agotados del trabajo tras un largo viaje en el *underground*, cada uno por su lado, y, ya desde una época en la que ni siquiera habían hablado aún de matrimonio, pasaban los domingos como un matrimonio de ancianos ancianísimos en el apartamento de soltero de Robert.

Elisabeth eludió este tema espinoso, se levantó de un salto, diciendo que quería deshacer sus maletas de una vez, y puso una cara que sólo su padre conocía; debía mostrar un poco de paciencia. Bastó con que ella empezase a deshacer su equipaje y a trajinar de acá para allá entre su antigua habitación y el baño del primer piso para que aquel movimiento cambiase la casa, la hiciera revivir... uno de los «niños» había vuelto, y esto no lo cambiaba nada el hecho de que no fuera una niña quien correteaba por la casa, sino una mujer que ahora se sentía como un ser híbrido entre huésped y dueña. Elisabeth intentó no demorarse demasiado, tan sólo se duchó, se puso un albornoz y enseguida, entre los libros, encontró lo imprescindible para aquella noche: un pequeño regalo para su padre, un regalo que, como todos